

« 'Todo el mundo se está muriendo': Myanmar al borde del exterminio

Via [Asia Times](#)

Hace dos días, pasé seis horas en aplicaciones codificadas con contactos dentro del país tratando de localizar un -sólo un- concentrador de oxígeno para la madre de mi amigo, a quien llamaré «Ma Moon».

La tasa de saturación de oxígeno de su madre había descendido precipitadamente en un día de 95 a 70.

No estoy seguro de ello -dadas las circunstancias, sabemos que no podemos hacer esta pregunta-, pero creo que la familia está siendo tratada diariamente por médicos que se han «escondido» en una campaña de desobediencia civil.

Los profesionales de la medicina se encuentran entre las personas más respetadas del país y, por lo tanto, su decisión de oponerse al golpe militar del 1 de febrero, que derrocó al gobierno civil elegido, tuvo un inmenso peso entre la población.

Una estimación proporcionada por expertos en salud pública de Myanmar predice que el 50% de los 55 millones de habitantes de Myanmar se infectarán en tres semanas por la variante Alfa o Delta del Covid-19.

Un experto en salud pública de gran reputación espera que la población sea eliminada en al menos 10-15 millones de personas para cuando el Covid termine con Myanmar.

Mientras tanto, la propia Ma Moon, que padece una grave enfermedad comórbida, y su familia son todos positivos en el Covid y sintomáticos.

Sin embargo, la familia de Ma Moon se atrevió a romper el toque de queda de los militares hace dos noches para conducir por todo Yangon persiguiendo direcciones de Facebook de posibles concentradores de oxígeno en venta.

Al final, encontraron uno, pero de una manera tan desgarradora. Llegó a las 2 de la madrugada, cuando todas las partes implicadas podrían haber sido detenidas por infringir el toque de queda. Las numerosas llamadas telefónicas que habíamos hecho todos condujeron a una respuesta de una familia indigente cuyo patriarca acababa de morir.

El compresor de oxígeno fue entregado a la familia de Ma Moon, con la única exigencia de que lo cediera gratuitamente a la siguiente víctima cuando ya no lo necesitara.

Otros amigos, totalmente desesperados, han hecho arreglos para «compartir» concentradores de oxígeno: poner a sus familiares más enfermos en oxígeno comprimido durante unas horas, y luego devolver el dispositivo a otro paciente muy enfermo para que tenga sus pocas horas de esperanza de supervivencia.

Y todos rezan por la remota posibilidad de poder rellenar sus tanques de oxígeno al día siguiente.

En abril, dejé Myanmar tras asistir a los funerales de cuatro jóvenes asesinados en mi distrito. Los disparos efectuados durante los despiadados ataques nocturnos del ejército contra los edificios de apartamentos civiles ya habían comenzado a pegar en el edificio de mi condominio.

Ahora, en Tailandia, recibo más de 200 mensajes codificados por día, de amigos de allá. Hasta la semana pasada, la mayoría promovía la resistencia armada y política al golpe. La «responsabilidad de proteger» y la «zona de exclusión aérea» aparecieron repetidamente.

Ahora, el 100% de los textos son peticiones desesperadas de asistencia médica y de una intervención humanitaria

internacional. «Necesitamos ayuda», se lee en muchas publicaciones en las redes sociales y en las pancartas de protesta de estos días.

No necesitan ayuda en el futuro. Lo necesitaban ayer.

Llevo más de 30 años trabajando en y sobre Myanmar. Todos los que conozco están infectados o cuidan de una persona infectada. Ningún hospital acepta ya a los pacientes, ni siquiera los más caros de los privados.

Algunos de los infectados por Covid mueren en las escaleras de los hospitales que los rechazan. Sin duda, no se han comprobado, y en los certificados de defunción probablemente figure «neumonía» como causa de la muerte.

Los trabajadores de la salud, que iniciaron la desobediencia civil contra el golpe de Estado el 2 de febrero, están haciendo lo que pueden desde la «clandestinidad».

Pero aún así, las mascarillas C95 y N95 y los EPI son imposibles de conseguir, a pesar de que hay contenedores llenos de ellos en el puerto de Yangon, donde el Departamento de Aduanas no los libera.

Y lo que es más horrible, no hay oxígeno en el país, o mejor dicho, hay oxígeno, pero sólo lo reciben los militares.

No hace falta ser epidemiólogo, estadístico o economista para ver por dónde va esto. El sistema de salud pública, en la medida en que todavía existe, se colapsará totalmente, a este ritmo de infección, probablemente en dos semanas.

¿En qué se diferenciará eso de ahora? Probablemente cadáveres. En todas partes.

Al igual que todas las hambrunas de la historia, y al igual que el enorme número de muertos de Covid en Estados Unidos, la miseria de Myanmar es casi en su totalidad un problema político.

Una lucha de élites entre los líderes del ejército y el gobierno civil legítimamente elegido condujo al golpe del 1 de febrero.

El estallido de la desobediencia civil y la resistencia armada parece haber sido inesperado por el líder del golpe, el comandante en jefe militar, el general de división Min Aung Hlaing.

Siniestramente, desde mayo se ha producido una explosión de milicias de la contrarresistencia que llevan a cabo asesinatos de partidarios de la democracia, a izquierda y derecha.

Y entonces llegó la variante Delta de Covid-19. Y hace dos días, mientras luchábamos por ayudar a su madre, Ma Moon dijo en voz muy baja a través de una aplicación encriptada: «Todo el mundo se está muriendo».

¿Qué haría falta para salvar los diez millones de vidas de Myanmar que probablemente se cobrará el Covid?

Como afirma el aclamado medio de comunicación local Myanmar Now, se trata de «una intervención humanitaria sin precedentes» en el país más frágil de Asia desde el punto de vista político, geopolítico, social y económico.

En los últimos días de información de los medios de comunicación estatales sobre los discursos del jefe de la junta, está claro que no tiene intención de pedir ayuda a nadie más que a su buen amigo, el ministro de Defensa ruso Sergey Shoigu.

Incluso Rusia sólo puede ofrecer un goteo de vacunas Sputnik no aprobadas por la OMS, probablemente en muchos lotes de 10.000, que no llegarán en meses sino en años, y probablemente a un gran coste.

China está ocupada apuntalando y ampliando una valla fronteriza electrificada por la que Donald Trump babearía; ya

se extiende 500 kilómetros al este y al oeste del mayor puesto comercial de la frontera entre China y Myanmar.

China ha cerrado todos los pasos fronterizos, pero también ha desplegado equipos de pruebas y tratamiento de Covid en algunas zonas remotas controladas por grupos étnicos para vacunar a todos. En estas zonas, los recién llegados se someten a pruebas, se ponen en cuarentena y se vacunan.

¿Y las Naciones Unidas? Nadie quiere decirlo, pero el equipo de más de 20 agencias de la ONU en el país está totalmente desbordado por lo que tiene que afrontar. Y en la medida en que estos organismos se comprometen a salvar vidas en Myanmar, se ven obstaculizados por las normas jurídicas internacionales en torno a la soberanía.

Con Rusia y China en el Consejo de Seguridad de la ONU, no se producirá el necesario mandato del derecho internacional humanitario de una resolución para emprender una intervención militar contra una junta que se sacrifica a sí misma.

La Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) se encuentra hasta ahora en un punto muerto en lo que respecta a Myanmar, tras haber acordado con Min Aung Hlaing una respuesta de cinco principios a las múltiples crisis del país el 24 de abril, que fue totalmente ignorada por la junta de Naypyitaw.

¿Y el resto del mundo? Como decía uno de los manifestantes la semana pasada: «Si no es ahora, ¿cuándo? Si no eres tú, ¿quién?».

No parece haber urgencia en torno a la devastación masiva que está provocando el golpe militar, la crisis económica y la propagación logarítmica de Covid entre una población que nunca ha tenido una atención sanitaria adecuada.

La madre de Ma Moon murió en sus brazos esta mañana. Ahora el cuerpo de su madre se une a la larga fila de ataúdes en el crematorio. Al no tener Covid-19 confirmado por un laboratorio

gubernamental, no contará en las estadísticas diarias de casos positivos o muertes por Covid.

Pero para Ma Moon y para mí, sí contó.